

SED

FRANCISCO JOSE REYES

El paisaje era desolador. Todo él era arena, tan sólo arena.

Arena y sol. Un sol que golpeaba como un martillo pilón sus rayos contra mi cabeza. El sudor, caliente, hirviente, recorría mi reseca piel. Mis ojos, semicubiertos por un velo de fulgor y alucinaciones, no veían más allá de mis narices. Mis labios, resecos por

el sol, recibieron de repente una de mis múltiples gotas de sudor caliente. Aquella ducha repentina hizo a mis labios reincorporarse momentáneamente y se lavaron en el sudor para, segundos después, reanudar su aridez. Mi garganta, seca como el desierto que me rodeaba, era el estanque vacío de mi lengua, pez sediento que, apresado en un túnel negro y ardiente, suspiraba saltar, esperando encontrar mejor respiro en el exterior.

De pronto, advertí, a lo lejos, un oasis. Corrí, desesperado, hacia él, pero, sin saber cómo, tropecé y, duna abajo, rodé, rodé, rodé, ... hasta caer junto a mi cama, en el suelo. Me incorporé y, obligado por las circunstancias, dirigí mis pasos a la cocina. Agarré una botella de agua y, bebiendo con mis labios su boca, bebí hasta ahogarme, hasta convertir en un inmenso mar el desierto de mis sueños.